

en el orden moral y espiritual. Bossuet probó á los protestantes que los estóicos no profesaron un fatalismo tan riguroso como el suyo.

Pero; ah! en el Filosofismo, en el cual no hay ninguna fe, tampoco hay ninguna esperanza, y allí donde no hay ninguna esperanza, está la desapiadacion misma con todos los horrores.

Por último; mas de lo que nosotros pudiéramos decir sobre esto en paralelo de doctrinas, dicen las estadísticas criminales de los países protestantes y sofistas en sus secciones de suicidios: ahí están, compárense con las de los países católicos.

Habiendo tratado de los pecados que nos hacen perder la gracia divina, naturalmente nos llaman los Sacramentos, por los cuales volvemos á recobrarla, por los cuales se nos perdonan todos los pecados, no borrándolos solamente ó declinando su responsabilidad, sino arrancándolos de raíz, y por los cuales, en fin, «ó comienza toda verdadera santidad, ó ya comenzada se aumenta, ó perdida se recobra (1).»

(1) Concilio Tridentino, sesion 7.^a

LIBRO IV.

CAPÍTULO I.

DE LOS SACRAMENTOS EN GENERAL (*).

Los Sacramentos son las medicinas del espíritu, medicinas especiales elaboradas en la vasta oficina del Cristianismo, para las necesidades urgentísimas del mismo espíritu. No se ocultó al Evangelio que la vida espiritual del hombre (1) necesitaba no menos que la vida corporal de algunos medicamentos que la confortasen, la alimentasen, la sanasen, etc., y como si desde su primera página hasta la última no fuese un poderoso confortativo, un nutritivo alimento y un constante conato de restauracion del hombre espiritual, no satisfecho aun con esto, le prepara y le da siete signos exteriores, sensibles, llenos de virtud y de gracia, siete hermosas instituciones «en que se contiene y se cifra todo «entero el conocimiento del hombre civil y moral (2).» Y, sin embargo, hombres hay tan ignorantes ó tan impíos, ó todo á la vez, que no ven en los Sacramentos otra cosa que un medio de dominacion de la Iglesia sobre el hombre, desde la cuna hasta mas allá del sepulcro, dado que, como dice Luis Blanc (3), «le persigue aun despues de los funerales en las «regiones eternamente ignoradas.»

De estos Sacramentos unos constituyen al hombre en cierto estado social, como el Orden y el del Matrimonio. Otros le regeneran, como el Bautismo; otros le justifican, como la Penitencia; otros le consagran, como la Comunión, etc., y to-

(*) No es necesario á nuestro propósito examinar la liturgia, disciplina, etc., ni la variedad y variacion de ellas. Quien quiera enterarse á fondo lea á Tomasino, Devoti, *Inst. canon.*, Chardon, *Historia de los Sacramentos*, Gaume, *Catecismo de perseverancia*, etc.

(1) Conc. Florent. in Decret. et Catech. rom. part. 2.

(2) Chateaubriand, *Genio del Cristianismo*, en los Sacramentos.

(3) *Historia de la revolucion Francesa*, tomo 1.

dos ellos le consuelan, todos le ensalzan, todos le hacen dichoso y feliz aun en esta vida. Ellos, santificando el himeneo, vuelven sagrados sus deberes, evitando por consiguiente las infidelidades y las contiendas familiares que ya son menos frecuentes, y en su virtud pacifican y hacen feliz al hogar doméstico, el cual envía por sus puertas y ventanas la dicha á la sociedad. Segregando del comun de los fieles algunos de ellos para constituirlos *peculiar herencia y suerte* del Señor, y dándoles vice versa al Señor como *parte de la herencia suya* (1), y destinándolos al beneficio y al socorro de la humanidad doliente y de la sociedad degenerada, llevan el consuelo y la esperanza hasta los últimos confines del mundo en obsequio de la primera, y se desparraman por todas partes llamando á los hombres á la virtud, y por consiguiente á la civilizacion, así como apartándolos del vicio, en obsequio de la segunda.

Los sacramentos del Orden y del Matrimonio son dos instituciones eminentemente sociales. No era, pues, el Cristianismo tan impotente que no pudiera regenerar mas que la mitad del hombre, ni tan poco generoso que no quisiese regenerarle mas que por un lado ó bajo un solo aspecto. El Cristianismo se apoderó de todo él. Él vino á restaurar y regenerar al hombre moral, al hombre político, al hombre social, refundiendo y acrisolando las virtudes, las leyes, las costumbres, las instituciones, las ideas, los principios, y, en una palabra, la conciencia pública: *Instaurare omnia in Christo* (2). Y aquel que piense que Jesucristo vino al mundo para moralizar al hombre, pero dejándole á la vez insocial é incivilizado, es un blasfemo por lo que su pensamiento tiene de injurioso á Dios; y un ignorante por lo que su pensamiento tiene de visiblemente irrealizable, como si se pudiera moralizar sin civilizar á la vez, ó como si pudiera subsistir la civilizacion sin la moralidad, que es precisamente su apoyo y su origen. La restauracion y el orden tienen que fundirse y elaborarse en el mundo religioso; y desde allí es desde donde se derivan y pasan sucesivamente, necesariamente é inevitablemente, al mundo moral, al mundo intelectual, al mundo social y al mundo político.

Si en nuestros dias se ha visto y se ve acá y acullá tan

(1) Salmo xv.
(2) Ephes. i, 10.

atacada la doctrina del Cristianismo, es porque no se conoce cual se debiera su influencia social, ó porque se aparenta desconocerla (*). El siglo materializado quiere remover todo obstáculo á las pasiones, y ataca á la virtud por lo que incomoda, sin reparar que combatiendo la virtud, combate tambien la civilizacion. Algunas naciones se han desengañado ya de los opimos frutos de los sistemas utilitarios: se han convencido de que el hombre no vive solamente de pan, y cediendo algo de semejante positivismo, promueven los medios morales. Otras se van desengañando, y otras que aun no se han engañado completamente, avanzan empujadas por la falaz inexperiencia al borde del precipicio.

En cuanto á la funesta influencia de la Reforma y del Filosofismo en el orden religioso, en el moral, y aun en el social y político por su accion violenta y destructora sobre los Sacramentos, irémosla viendo en el discurso que vamos entablando sobre cada uno de ellos en particular. Dirémos únicamente, ya que nos hemos permitido aquí hacer mencion especial del Orden y del Matrimonio, que entre los protestantes estas dos instituciones pierden el carácter y la influencia moral y social que hemos visto entrañar, porque el Orden no influye así sino por el celibato que ellos no profesan, tampoco influye así el Matrimonio sino por la indisolubilidad que ellos rechazan, ni es tan poderosa y eficaz la influencia de uno y otro sino por el carácter sagrado de que ellos los despojan.

En cuanto á los sofistas, cualesquiera que sean, materialistas, incrédulos, escépticos, deistas, ateos ó panteistas, como no admiten Sacramentos ningunos, «porque son la «muerte del hombre intelectual, cuya vida entera enlazan «con la red de la supersticion (1),» nada tenemos que decirles sino que se privan á sí mismos y quieren privar á la sociedad de sus ventajas morales y sociales.

(*) Hay algunos que la atacan porque conocen bien su influencia. Estos son los socialistas y los comunistas, que han visto en las doctrinas del Cristianismo un dique inexpugnable contra el desbordamiento de las suyas, y un poderoso obstáculo á la disolucion á que aspiran.

(1) Mr. Leroux, *Nueva enciclopedia*, artículos *Confirmacion*, *Confesion*, *Bautismo*.



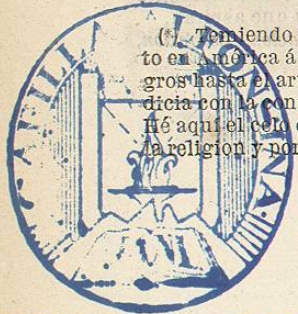
§ I.—*Bautismo.*

El Bautismo es la regeneracion del hombre, su restauracion moral, su restablecimiento en el estado primitivo y feliz, la emancipacion de la esclavitud demoníaca, y su entrada en la adopcion divina. Con esto hemos dicho ya la gran dignidad y la gran dicha que infunde en el bautizado el agua regeneradora, con la cual se derrama tambien sobre él un abundante manantial de gracias conservadoras de esta dicha y de esta dignidad.

Tambien fue desde luego este Sacramento en manos del Catolicismo un poderoso instrumento de emancipacion, de restauracion social y de civilizacion, ora por medio de sus sabias restricciones en conferirle, ora por los estudiados y grandiosos efectos que le atribuyó ya conferido. ¿No queria el gladiador, v. g., abandonar sus juegos sangrientos y homicidas? Pues no era digno del Bautismo, y como este era generalmente deseado con ardor, el gladiador, á cambio de lograrle, dejaba de ser fiera para ser hombre. ¿Era bautizado el esclavo? Pues ya mejoraba su condicion, ó estaba libre de cadenas. La túnica blanca que se vestia á los bautizados no era solamente señal de inocencia, sino tambien de libertad (*). ¿Qué hermosa es aquella dulce violencia que el Cristianismo parecia hacer á la voluntad del hombre! ¿Qué otra prueba mas clara de que Jesucristo no vino al mundo únicamente para santificar al hombre, sino tambien para dignificarle, y de que á la vez que reclutaba habitantes para el cielo, recordaba á todos los hombres su dignidad y su valor en la tierra! ¿Qué institucion mas universal, mas sublime, mas eminentemente felicitoria, civilizadora y mas henchida de amor y misericordia divina, que la del Bautismo, la cual hace á la vez al bautizado, hombre, cristiano, hijo de Dios é inquilino del cielo?

Esclavo y víctima de la autoridad pública y paterna el gentil aun sin haber salido del útero materno, y estando

(*) Teniendo que réclamasen su libertad como cristianos, se ha visto en América á los colonos protestantes diferir el bautismo de los negros hasta el artículo de la muerte, para conciliar de este modo la conciencia con la conciencia, habiendo así muerto algunos en la idolatría. Hé aquí el celo que inspira la Reforma por la salvacion de las almas, por la religion y por la humanidad.



pronta una desapiadada legislacion á secundar instintos inhumanos y feroces, su existencia estaba constantemente amenazada; y hé aquí que la preciosa y divina institucion del Bautismo vino á declarar sagrada una vida que antes no tenia la mas pequeña garantía. ¡Oh! aunque Jesucristo no hubiese dispensado á la humanidad mas que este solo servicio, bien merece que se le expida el título de Salvador de la vida corporal del hombre, y se le una al glorioso de Salvador espiritual. ¡Cuántas madres culpables darian la muerte temporal á sus hijos si no las detuviera el temor de darles juntamente la muerte eterna! Si en la China se conociese el Bautismo cristiano ú otra institucion á él parecida en significacion, ¿abandonarian los niños recién nacidos á los cerdos? ¡Infelices! Plegue al cielo bendecir aquellas misiones, hasta ahora tan desgraciadas, y haga que se arraigue definitivamente en todo el imperio una religion tan bienhechora de la humanidad.

El autor del *Genio del Cristianismo* nos ha descrito las alegrías del Bautismo cristiano. «Hállase, dice, rodeado (el niño) de una familia llena de alegría, que renuncia en su nombre al pecado, y le pone el nombre de su abuelo, que se hace como inmortal en este renacimiento perpetuado por el amor de generacion en generacion. Ya el padre se da prisa á tomarle en sus brazos para ponerle en los de su impaciente esposa que está contando bajo de su cortina todos los golpes de la campana bautismal. Todos rodean la cama de la madre, y por las mejillas de los circunstantes corren lágrimas de una religiosa ternura: el nuevo nombre del hermoso infante, el antiguo de su antepasado, pasa de boca en boca, y mezclando cada uno la memoria de lo pasado con la alegría presente, creen todos que reconocen al buen viejo en el infante que hace revivir su memoria (1).»

§ II.—*Confirmacion.*

Este poderoso confortativo de la fe profesada en el Bautismo, y de la gracia recibida en él, lleva al confirmando la intrepidez y la firmeza con que confiesa á Jesucristo, la constancia y la paciencia con que sufre en su nombre todos los trabajos, todas las calumnias y todas las persecuciones, é

(1) Mr. Leroux, *Del Bautismo.*

infunde en él los siete dones del Espíritu Santo que le escudan contra los siete pecados capitales, sus implacables enemigos. Contribuye este Sacramento á que todo se le vuelva al cristiano suave y ligero, con lo cual, y con los grandes dones y gracias que le reporta, le dignifica sublimándole, y le felicita fortaleciéndole contra las adversidades.

De todas estas ventajas se privan los protestantes al rechazar como una ceremonia ociosa el sacramento de la Confirmacion, despreciando los testimonios de la sagrada Escritura y de la tradicion que á una voz prueban su institucion divina (*). Bien que si hemos de confesar la verdad, han sido consecuentes en abolirle por lo que tiene para ellos de superfluo é innecesario, dado que la fe que exigen al bautizado es tal, que siempre está pronta y no necesita ciertamente confortativo ni ayuda.

§ III.—*Penitencia-Confesion.*

Este Sacramento y el siguiente reclaman de nosotros alguna extension.

¡Qué campo tan inmenso y grandioso se ofrece á nuestra vista! Volúmenes enteros llenaríamos si pretendiéramos bosquejar siquiera los hermosos efectos morales, políticos y sociales de este Sacramento cuyas profundas raíces están arraigadas en las necesidades de nuestra naturaleza.

En la absoluta imposibilidad de desterrar de sí la conciencia ni de prescindir de ella, el hombre que ha delinquido en secreto gravemente, tiene que elegir con precision uno de estos dos medios: ó la comunicacion y confesion de su delito, ó la desesperacion y el tormento. La confesion de la falta propia y personal, *esa medicina de las enfermedades del espíritu*, como la llama Lactancio (1), es una necesidad del

(*) Capítulos XIV y XVII del Evangelio de san Juan; II, VIII y XIX de los Hechos de los Apóstoles; V de la epístola á los Gálatas; san Teófilo Antioq. lib. I, núm. 12, *ad Autolye.*; S. Iren. *adversus Hæreses*, lib. I, cap. 21; Tertul. *De Baptismo*, cap. 7; *de Præscript.* cap. 40; *contra Marcion*, cap. 14; S. Cypr. *Epist. LXXIII ad Jubajanum*, et *LXXIV ad Pompej.* En fin, Optato de Milevi, san Paclano de Barcelona, san Cirilo de Jerusalem, san Ambrosio, san Juan Crisóstomo, san Jerónimo, san Agustin, san Cirilo de Alejandría, Teodoreto, Inocencio I entre los Papas, y entre los Concilios el nuestro de Elvira, el de Nicea general, y el de Laodicea.

(1) *Divinar. instit.* lib. IV, cap. 3.

alma tan palpable y tan imperiosa, que no sabemos qué cosa admirar mas en aquellos hombres que han impugnado esta institucion divina, si su odio profundo á la religion de Jesucristo, ó su extrema crueldad para la humanidad atribulada y culpable.

Decia Sócrates (1), «que el mayor de los males para el hombre es haber cometido una injusticia, y que el mejor medio para librarse de él, y volver á adquirir la paz y la dicha del alma, es confesarla á su juez y sufrir su castigo.» En el concepto de Séneca (2), «la confesion es una excelente medicina del vicio.»

«Muchas veces, escribe el conde De Maistre (3) observando esta irresistible necesidad de comunicacion del hombre culpable, muchas veces el culpado obligado por su propia conciencia rehusa la impunidad que hallaria en el silencio. *Por no sé qué instinto misterioso*, aun mas fuerte que el de la conservacion, parece que busca la pena que podría evitar, y aun en los casos donde no puede temer ni los testigos, ni el tormento, se le oye decir: *Sé, yo he sido, yo soy el culpado*, y pudieran citarse legislaciones misericordiosas, que en semejantes casos confian á los magistrados superiores el poder de moderar los castigos aun sin recurrir al soberano (*).»

Á esta necesidad de comunicacion atribuye el mismo Voltaire la institucion de la confesion por los legisladores del Paganismo, suponiendo á la vez calumniosamente que el Cristianismo la tomó de ellos (4). ¡Y no se ruboriza Rousseau (5) de decir en resúmen, «que la conciencia aplaude los vicios, y que por ellos no siente remordimientos!» ¡Qué estado tan deplorable revela esto de la suya!

Oigamos al autor de la *Historia filosófica y política del*

(1) En Platon, *Georg.*

(2) *Epist. moral.* 53.

(3) *Del Papa*, lib. III, cap. 3.

(*) El ministerio parroquial nos ha proporcionado infinitas ocasiones de observar á no pocos penitentes en cuyo semblante se veía dibujada la inquietud y la ansiedad, aproximarse al confesonario y retirarse despues de oír la absolucion completamente tranquilos. Tan natural es el tormento y el horror de la culpa, que sin ser un confesor sagaz fisonomista, conoce ya por experiencia antes de confesarlos quiénes entre un número de penitentes tienen sobre sí delitos graves.

(4) *Cuest. enciclop.* artículo *Cura de aldea.*

(5) *Emilio.*

comercio de Indias, precisamente acérrimo enemigo de la Religion. «Los Jesuitas (1) han establecido en el Paraguay «el gobierno teocrático (*), pero con una ventaja especial «para la religion que constituye la base, cual es la práctica «de la confesion... Ella suple por sí todas las leyes penales, «y mantiene la pureza de costumbres de tal modo, que en «aquel país la Religion, mas poderosa que la fuerza de las «armas, conduce al criminal á los piés del magistrado; y «allí léjos de paliar su delito lo recarga á impulsos del arre- «pentimiento; léjos de eludir la pena la implora de hinojos, «y cuanto mas severa y pública sea, tanto mas tranquiliza «su conciencia; y así el castigo que en todas partes aterra «á los culpables, en el Paraguay forma su consuelo, aho- «gando sus remordimientos por la expiacion. Aquellos pue- «blos no tienen leyes civiles, porque no conocen la propie- «dad, ni tampoco las tienen criminales, porque cada cual se «espontanea y ofrece voluntariamente al castigo: por con- «siguiente, toda su legislacion se reduce á los preceptos re- «ligiosos. El mejor de los gobiernos seria una teocracia ba- «sada sobre el elemento del tribunal de la confesion.»

Esta necesidad de comunicacion del hombre delincuente es tan palpable, que en todos los pueblos del universo, aun en los tiempos anteriores al Evangelio, y últimamente en el Nuevo Mundo, se han observado vestigios de la confesion (2), y la misma herejía protestante nos suministra una prueba de ello al pretender echar en cara á la Iglesia católica el haber tomado sus ritos penitenciales del Paganismo.

Ahora bien: lo decimos con franqueza: nosotros nos habríamos visto precisados á concebir cierta sospecha, desconfianza y prevención contra la religion que predicaba Jesucristo y los Apóstoles, si no hubiéramos visto en ella una institucion ó un medio cualquiera que satisficiera plenamente una exigencia tan imperiosa de la naturaleza humana, y tranquilizase la conciencia del hombre purificándola. Por manera que la confesion, como todas las doctrinas é

(1) Citado por Gaume, *Catecismo de perseverancia*, parte 2, leccion 40.

(*) Algo mejor era aquel gobierno que los que allí se han conocido despues.

(2) Los misterios de Cères Eleusina lo acreditan, y ella es uno de los dogmas de la religion de Zoroastro.

instituciones del Cristianismo, es para nosotros otra de las pruebas irrecusables de la verdad y de la divinidad de su origen, dado que no se puede suponer en el hombre (aun cuando mintiendo la cronología y la historia hubiesen existido antes del Evangelio tiempos mas civilizados que los conocidos) un conocimiento tan universal y tan profundo del corazon humano, de la vida del hombre, de sus necesidades, y de sus miserias físicas y morales.

El Cristianismo, que en su vista sagaz no podia ser conocedor á medias del hombre, consideró á la humanidad bajo los dos aspectos de *doliente* y de *culpable*, y procedió á restaurarla y mejorarla bajo uno y otro concepto. Como afligida y doliente la ofrece, en el inagotable y precioso cúmulo de doctrinas que examinamos en la obra, infinitas sendas de alivios y de consuelos que todas van á parar al término sobre todas consolador de la esperanza de la vida futura.

En todo este depósito inmenso de consuelos, ni uno siquiera de cuantos hasta aquí hemos recorrido ha sido destinado para la humanidad culpable; todos son para la virtud reinante ó perseguida. Pues qué, Jesucristo, que murió para extraernos de la esclavitud del pecado y satisfacer por nosotros las deudas eternas de la culpa, ¿volveria á su eterno Padre sin dejarnos el remedio y el consuelo temporal de la misma culpa? El que habia sido misericordioso y poderoso para apartar de nosotros el pecado mónstruo, el pecado de todo el género humano, ¿no lo habia de ser para purificarnos del pecado personal? A la verdad, si Jesucristo no hubiese dejado al hombre, como en reserva, *una tabla para despues del naufragio* (1), habria obrado como aquel que habiendo extraido á un hombre de un precipicio, lo abandonase en el borde de él por el gusto de verle otra vez rodar; ó como el capitán que habiendo admitido á los viajeros á bordo de un navío averiado no se proveyese de botes ó lanchas para un suceso funesto; y sin incurrir en una blasfemia no podemos atribuir á Jesucristo una accion tan insensata ó tan aborrecedora del hombre, resultando además que Jesucristo habria padecido tanto como padeció por el hombre sin casi ningun provecho de este, dado que navegando en el tan averiado buque de su naturaleza degenerada, es muy

(1) «Secunda tabula post naufragium.» (*Conc. Trident. sesion 14 del sacramento de la Penitencia*).